



YO, SIMÓN[®]

Autora: María Cristina Barón Gavito

Comentarios: Dra. María Abac Klemm

Parte # 2

EN LA NOCHE

[En este capítulo la autora nos va a describir a Simón y su ambiente, con un lenguaje sensual, sencillo y emotivo... una imagen recreada del hábitat de Simón y sus rituales, con las vivencias y emociones surgidas después de haber cargado la Cruz. Por sugerencia de la autora, el título del capítulo será “En la noche” (originalmente, “La noche”). ¿Por qué este cambió? Primero, porque es en la noche el tiempo en que surgen las voces del inconsciente y es cuando, en ese silencio, aparecen nuestros fantasmas, miedos, culpas, vergüenzas, deseos y todas esas emociones a las que no damos cabida de ser escuchadas durante el día. Segundo, porque es el tiempo del otro lado de nuestra vida consciente, donde podemos escuchar las voces del alma y del espíritu. Es el tiempo del silencio, de dejar de hacer para poder estar, es el tiempo de escucha, tiempo de relación con nosotros mismos.]

I

Esa misma tarde Simón llegó adolorido y cansado a su hogar. Tenía una pequeña propiedad cerca de la Torre Antonia. La vivienda se encontraba al final de la calle y estaba construida de tal manera que, para llegar hasta la puerta, había que ascender una serie de escalones colocados en ángulo. Era una linda casa con muros de adobe color arena, fresca durante el día y en la noche guardaba su calor.

No era una mansión, pero estaba finamente arreglada con piezas decorativas que él iba comprando en cada viaje que realizaba. Para Simón, el mundo era muy extenso y sentía atracción hacia los lugares lejanos. En la sala se apreciaba una estatua de piedra de una fenicia tocando la flauta. Era única por su antigüedad. En otra repisa lucía un toro arrodillado, de bronce, de sorprendente belleza que había comprado en uno de sus viajes a Ur, en Caldea. El centro de una de las mesas estaba decorado con un plato de cerámica persa, con un león dibujado con libertad. Y, como su pequeña joyita, como él mismo la llamaba, tenía una barca de plata, en miniatura, que supuestamente había pertenecido a la Reina de Subad. Cada pieza tenía su historia y a él le gustaba repetirla una y otra vez, a cada huésped de su casa. [Es interesante hacer notar que el viajero de aquellas épocas llevaba consigo objetos preciados de esos lugares. Simón se vincula con los objetos a través de la historia de estos. No es usual que las personas se vinculen con los objetos en relación a su historia, en general es con el valor material y poco con el valor intangible que posee el objeto. Por consiguiente, es un hombre que puede conectarse con el alma de lo intangible; además, nos da la visión de un personaje viajero... el que viaja amplía su marco de referencias, por consiguiente el mundo y la percepción de este se ensancha, se amplía.]

Simón hablaba hebreo, arameo, además de griego, y tenía buen conocimiento de las



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

escrituras. Era dueño de manuscritos y disfrutaba de trabajos originales en astronomía y medicina. Le gustaba leer poesía y obras clásicas del misticismo. Él se entregaba al placer de estudiar, lo que intelectualmente lo hacía más avanzado que la generalidad de sus vecinos. [Aquí nos describe a un personaje masculino bien preparado. En aquella época, alguien que supiera leer, dominara varios idiomas y conociera las escrituras, era un hombre fuera de lo común. El que gustara de la poesía nos está hablando de que entendía también ese otro lenguaje; hablar varios idiomas es expandir la visión de la realidad, nos da el conocimiento de otros códigos culturales, de otras formas de expresarnos y escuchar, lo que nos permite abrir el camino al entendimiento y, en esa ampliación, el principio de realidad se torna más rico. Simón no era corto de entendimiento, era un ser culto y raro en su época, por eso pudo obtener un significado trascendental para él. La autora, en la entrevista, describe el alma de Simón como un "...alma trabajada", porque había llegado a gustarle la poesía, que para ella es el pensamiento condensado en pocas palabras y con ritmo, un lenguaje elevado. Para mí, si un ser puede entender la poesía y la música, puede entender el lenguaje de los dioses y, por tanto, el significado del destino y aceptarlo.]

Para un estudioso de las Escrituras, por ejemplo, se torna confusa la diferencia entre lo conocido y lo desconocido, entre lo revelado y lo oculto, entre lo limitado y lo ilimitado. Es la unión de dos mundos. Inspirado por estas ideas, Simón sabía que no sólo Dios es necesario para el hombre, sino que también el hombre es necesario para Dios; esto lo pudo comprobar ese día en carne propia. [Dios requiere del hombre para manifestarse, pero el hombre necesita de Dios para tener un sentido espiritual de su vida y, así, la cotidianidad del diario vivir tenga una trascendencia y significado.]

A la entrada de la casa había un patio abierto, con macetas y grandes tinajas donde se guardaban el grano y el aceite. Había también un odre viejo, especialmente reservado para el vino. Al fondo, en una esquina, un pozo con dos viejos olivos y azucenas blanquísimas creciendo a su alrededor.

Simón tomó un balde con agua fresca que estaba junto al pozo y se lavó de pies a cabeza. Estaba empapado en sudor, polvo y tristeza, y pensó que el baño lo iba a ayudar a enfriar las imágenes. Se lavó una y otra vez; quería borrar el día, antes de mudarse de ropa y prepararse para la cena de Pascua. [Es interesante la imagen de la autora acerca de "...borrar el día". Con esta imagen ella alude a una ilusión de los seres humanos: cuando hemos vivido algo intolerable, sucio, horripilante, el primer intento es tratar de borrar la experiencia oscura, sombría, triste o amarga que hemos tenido, sin darnos cuenta de que estas experiencias no se pueden limpiar tan fácilmente, de que la única forma de hacerlo es procesarlas y así, en Simón como en cualquiera de nosotros, lo sucedido nos lleva a la búsqueda del sentido de la realidad de lo vivido y, también, a encontrar cuál es el sentido que el Self quiere para nosotros con estas experiencias. Cuando algo concluye en nuestra vida se elimina todo lo que estuvo comprometido con ese tiempo, ya que el proceso de duelo y tristeza nos lleva al conocimiento real de la experiencia, ya no es necesario tener esas cosas o sentimientos con nosotros; se hace entonces un rito de salida, como lo veremos posteriormente en la limpieza que hace Séfora de la casa, para la preparación de la llegada de la Pascua.]

Como lo marca el calendario judío, los días comienzan al caer la noche y continúan por



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

veinticuatro horas. Éste era viernes y la celebración de la Pascua empezaba a la caída del sol. Fiesta de gran importancia, pues se conmemora el éxodo que liberó a los hebreos de la servidumbre egipcia. Día en que Yahveh pasó de largo las casas israelitas, mientras que hería a las de los egipcios. Tiempo de hazañas divinas y victoria total sobre el mal. Tiempo de libertad. Tiempo en que Israel se forma como pueblo y Dios le revela Su Amor. Es una fiesta en familia. Se conmemora durante siete días pero en esta ocasión era, además, la víspera del Shabat. Es un momento del año cuya trascendencia ejerce una influencia especial, propicia para la liberación espiritual. [La autora, con este concepto de liberación espiritual, nos quiere recordar que la Pascua significa: paso de lo material al campo espiritual, al campo de lo intangible.]

Es un día significativo para el hombre y significativo para Dios.

La Pascua llegó, llena de majestad y belleza; pero para Simón, esta noche iba a ser la más hermosa de todas sus noches, puesto que, sin saberlo, quedaría envuelto en un nuevo mundo: el mundo de las almas... Mundo donde el amor inventa su infinito... Mundo de dioses, todos en una sola magnificencia.

¡Feliz aquél que tiene conciencia del Señor!

Aunque no podemos decir que Simón era un hombre piadoso, [La autora utiliza la palabra piadoso en el sentido de religioso] siempre ponía gran celo en los preparativos, pues se aferraba, con tenacidad, a sus tradiciones.

Séfora, su mujer, había barrido con esmero todos los rincones de la casa hasta dejarla reluciente. Limpió y sacudió, cuarto por cuarto, levantando todos los muebles. Incluso procuró no dejar rastro de ningún alimento fermentado, como exigía la costumbre: –Debemos eliminar las fuerzas del mal que fermentan en nosotros–, decía ella, mientras vaciaba su casa de todo alimento elaborado con centeno, avena o escanda. Como horneaba pan todos los días, limpió a conciencia con el propósito de suprimir la vieja levadura, llevando a cabo un rito de pureza y renovación. [La fermentación correspondería al proceso alquímico de la putrefacción, que es la trasmutación, la transformación, la maduración orgánica; así, cuando vamos a dar entrada a un nuevo ciclo, tenemos que eliminar todo lo putrefacto y dar cabida a lo limpio, a lo nuevo.]

Puso la mesa como sólo ella sabía hacerlo. Sacó un hermoso mantel blanco bordado a mano, cuatro copas para el vino y una más, específicamente reservada para el profeta Elías. De él se cree que llega simbólicamente a cada hogar, para participar unos instantes de esta noche. [Para el judío, limpiar la casa física es el preámbulo de limpiar la casa psíquica, la casa espiritual. Es la mujer, lo femenino, quien hace la tarea de la limpieza física y es el hombre, lo masculino, quien bendice la casa. En esta tarea encontramos a los dos elementos opuestos, ambos necesarios para la liberación espiritual. Esperar al profeta Elías es esperar simbólicamente al Self, lo divino, para que nos acompañe en este nuevo empezar. En mis rituales de entrada de un nuevo ciclo, generalmente pongo un plato y una copa adicionales, ya sea para mis muertos o para mis amigos en la lejanía, para que me acompañen en esa celebración.]

Colocó también una vajilla de cerámica, reservada especialmente para estas fiestas, y un jarrón adornado con ramos de mirto. Abrió luego una caja de madera de acacia, llena de diferentes especias, y la acomodó sobre la mesa para dejar salir sus fragancias.



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

–Respirar el aroma de estos perfumes restaura el alma–, se decía.

Como centro de mesa puso dos velas altas, pero también decoró la estancia con otras más bajas, acomodándolas en lugares estratégicos, para dar un ambiente cálido y espiritual. Iluminaba una por cada miembro de la familia. Luego, las encendió todas y llenó de luz su hogar. [Este iluminar el espacio con velas, en que cada una representa a un miembro de la familia, es invitar a lo numinoso de los nuestros a la festividad. Esto lo deberíamos de hacer en nuestra vida. La vela es la luminosidad en nosotros, de lo que hemos trabajado en el alma, y con ella iluminamos al otro o al espacio en que nos encontramos. En la vela, como la llama, están sintetizadas todas las fuerzas de la naturaleza; dice el poeta y filósofo alemán Novalis que es interesante lo que nos señala Bachelard sobre la vela, que es donde podemos encontrar nuestros sueños de solitario; la llama está sola, dice él, naturalmente sola, quiere seguir sola. A esta idea de unicidad, que es personal, se agrega todo lo que significa la verticalidad, así como lo que significa lo ascendente, lo que se trata de alcanzar en lo espiritual. La vela, como vemos, es un elemento muy importante en estos rituales.]

Séfora se arregló y embelleció antes del festejo. Portaba una túnica larga de lino fino, teñido de celeste, y un cinturón de tela muy adornado con hilos de oro y plata, que su marido le había comprado recientemente. Sus pies calzaban unas suaves sandalias de piel de cordero. Se cepilló el pelo largo y rizado y lo sujetó coquetamente con horquillas. Le dio luz a su rostro pintándose los labios de carmín y agrandó sus ojos con un toque de color. Para terminar, sacó de una pequeña bolsa de tela de algodón que tenía guardada cuidadosamente, un collar de oro con incrustaciones de granate y lapislázuli, que hacía juego con sus aretes y se los puso; finalmente, derramó unas cuantas gotas de perfume de nardo sobre su cuerpo. Así exteriorizaba su gozo por la vida. [Séfora está descrita como el *ánima sensualis, mundis*, es quien crea y recrea el ambiente con la belleza, la limpieza y orden, lo que es necesario para tal festividad. Es una mujer en quien lo estético se da en una forma bella y luminosa, no austera.]

La mesa estaba preparada y los alimentos puestos sobre una gran bandeja.

Sirvió el cordero Pascual. Animal sin defecto, macho, de un año, con cuya sangre cada familia de Israel untó, aquella noche en Egipto, el marco de la puerta de su casa, para señalar su identidad y evitar que el ángel de la muerte hiciera estragos. Lo había preparado asado al fuego, con su cabeza, sus patas y sus entrañas. La carne era jugosa y exquisita.

Sirvió huevo duro, hervido con su cáscara, en recuerdo de la severa y aniquiladora vida que sufrieron durante la esclavitud.

También estaba acomodado en el platón el *Haróset*, mezcla de manzanas, frutas, nueces y almendras picadas, amasadas con vino, semejante a la pasta de ladrillos que elaboraban los hebreos en Egipto.

No faltó el *Carpás*, o el apio que se come mojado en agua salada. Símbolo de las lágrimas derramadas, por la dura servidumbre a la que fueron sometidos.

El *Maror*, rábano picante que evoca la vida amarga y el maltrato que padecieron, al estar forzados a trabajar en la construcción de dos grandes obras de arquitectura de los faraones Pithom y Ramsés. Muchos hebreos murieron durante ambas construcciones.



Y para terminar, colocó un ánfora con vino rojo que había pertenecido por generaciones a su familia.

No faltaba detalle.

Acomodó tres *Matzot*, pan ácimo de trigo, que había preparado. Las puso una encima de la otra, envueltas en una servilleta, como símbolo de los tres sectores del pueblo judío: los *Cohanim*, los *Leviim* e *Israel*.

–Estas tortas son las que mis antepasados prepararon al abandonar Egipto de inmediato. No alcanzó el tiempo para que se cociera en los hornos el acostumbrado pan de cada día, sino que tuvieron que dejar la masa para que se cociera con el calor del sol. Sólo resultaron unas galletas chatas y sin fermentar, que preparo los siete días que dura la fiesta –, se dijo a sí misma.

Todo estaba listo para darle la bienvenida al día Santo.

Noche diferente, noche de conversión. Noche con viento, noche de Dios. [La autora nos describe los alimentos que se requieren para este ritual y su significado, y cierra en una forma poética lo que es esa noche, la noche de Dios. Y continúa describiéndonos lo sucedido a Simón.]

Simón se envolvió en su capa de viaje y sostuvo el báculo, como ordenan las escrituras: “Así debes comer: con la capa ceñida en el cinturón, las sandalias puestas y el báculo en la mano. Come aprisa: es la Pascua del Señor.”

A la caída del sol el trabajo se detuvo y todos pasaron a la mesa, de acuerdo con la tradición.

Simón miró a sus hijos con ternura y posando ambas manos sobre sus cabezas inclinadas, los bendijo. Alejandro y Rufo sentían que cada vez que su padre los bendecía, gozaban de paz y armonía en su corazón.

Dado que éste era un día sagrado, sin demora Simón pronunció el *Kidush*, antes de iniciar la cena Pascual. Los sabios prescribieron recitar esta alabanza sobre un vaso de vino; incluso la Ley prohíbe comer o beber cualquier cosa, ni siquiera agua, antes de recitarla. Como cabeza de familia, dio las gracias a Dios y levantando la copa con las dos manos dijo:

–*Baruj Ata Adonai Elohenu Melej Haolam...*–, “Bendito eres Tú, Adonai, Dios nuestro, Rey del universo, que has creado el fruto de la vid. Bendito eres, que con amor nos concediste el *Shabat*, un día para recordar Tu Creación. Un día para recordar, también, el éxodo de nuestra esclavitud en Egipto. Porque nos elegiste entre los pueblos para servirte, y así diste a nuestras vidas un propósito más elevado.”³

La familia, reclinada sobre unos cojines acomodados alrededor de la mesa, de acuerdo con la costumbre, lo escuchaba orando en su interior. Simón bebió y pasó el cáliz de mano en mano, para que todos bebieran de él y participaran de la bendición. La copa del *Kidush* es la primera de las cuatro copas de vino que todos, tanto hombres como mujeres, tenían la obligación de beber durante la cena.

Una vez finalizada la alabanza, realizó el lavado ritual de manos, utilizando la jarra de

³ Shul´han Aruj



barro con dos brazos que su mujer le había acercado junto con una palangana y una toalla. Así, lavándose, desaparecían tanto las impurezas físicas como las morales. Según la tradición, debía realizar este ritual mientras estaba acostado. Sumergiendo las manos en el agua, recitó la *Brajá*. Esto lo había hecho varias veces, pero en esta ocasión lo hacía con más conciencia; sentía, conforme sus manos emergían del agua, que nacía en él un nuevo ser. Tenía la impresión de nacer por segunda vez; quizá no, no por segunda, sino por primera vez, ya que hasta ese momento había existido con sólo una nebulosa conciencia de sí mismo.

Luego tomó un pan y levantándolo entre sus manos, lo bendijo y partiéndolo, extendió un trozo a cada uno de los comensales. Simón solía cantar en estas ocasiones, ya que son horas de gran alegría, pero esta vez no tenía voz para el canto: era mucho lo recién sucedido y necesitaba asimilarlo.

Rufo, el hijo menor, llenó de nuevo las copas de vino e hizo a su padre las cuatro preguntas de la Pascua.

–Padre, ¿por qué es esta noche distinta a todas las demás? Cualquier noche podemos comer pan con levadura o pan ácimo, pero esta noche sólo se nos permite comer pan ácimo.

–Padre, cualquier noche podemos cenar cualquier tipo de hierba. ¿Por qué esta noche sólo se nos permiten hierbas amargas?

–Padre, cualquier noche podemos cenar carne guisada o hervida. ¿Por qué sólo se nos permite la carne asada?

–Padre, cualquier noche mojamos las hierbas sólo una vez. ¿Por qué debemos hacerlo dos veces esta noche?

Cuando hubo contestado todas las preguntas, Simón había impartido una breve lección de la historia del pueblo de Israel, su liberación de la esclavitud en Egipto y la recepción de la Ley en el monte Sinaí. **[Más que impartir es recordar la historia del pueblo. En todo el texto anterior la autora nos describe muy bien el ritual de la Cena de Pascua y lo que se requiere. Yo siento que para prepararnos hacia el futuro, tenemos que estar en el presente pero con las raíces en el pasado. Si no somos capaces de guardar en la memoria nuestra historia, tendremos dificultades para apuntarnos en el futuro. Un pueblo o ser sin memoria, o con rechazo a su pertenencia, que no tiene raíces o que renuncia a ellas, está rechazando aquello que lo sostiene para la creación del mañana. La autora nos enfatiza que la Pascua no es una fiesta egocéntrica, sino que en ésta se abandona al yo en favor de hallar a Dios, al Tú divino.]**

Sólo se permite comer después de la narración de los milagros que el Creador realizó en favor del pueblo de Israel.

II

Simón hacía grandes esfuerzos por convivir con su familia, pero no lo lograba, y Séfora se dio cuenta. Ella no le quiso preguntar nada por prudencia, pero de alguna forma lo intuía. Existían rumores de que los soldados habían obligado a su marido a cargar la Cruz, y ella temía las



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

consecuencias. Por supuesto, ella no asistió al camino del Calvario, ni estuvo allí cuando Pilato convocó a los sumos sacerdotes y al pueblo para condenar al Profeta. Tampoco apoyó el proceso, ni formó parte de los curiosos, ávidos de sensaciones ante el juicio de un condenado a muerte, y ciertamente no estuvo presente en las crucifixiones. Todo ello le repugnaba en su corazón y por lo mismo lo desaprobaba. [Aquí encontramos la dificultad de Simón para vivir la Pascua, pues su alma estaba atrapada en la experiencia recién vivida de Cristo cargando la Cruz. Aquí hay una paradoja de vivencias, entre lo sucedido en el pasado y lo que sucede en el presente. Cuando estamos atrapados en esta paradoja nos es difícil vivir en el presente, pero tampoco resolvemos el pasado: estamos crucificados en dos tiempos, dos memorias, dos situaciones, dos emociones, y solamente con la resolución de la función trascendental podemos encontrar el significado de esa crucifixión.]

–Pero no dejé de escuchar lo que todo el pueblo comentaba–, se dijo a sí misma, como queriendo excusarse. –Era el tema del día y me hubiera sido del todo imposible no estar al tanto.

Sin embargo, lo único que ella miraba ahora era el rostro turbado y pálido de su marido... se veía tan indefenso, tan vulnerable, que le hubiera gustado asistirlo. Abrazarlo.

Sobre la mesa estaba la *keará*, o fuente, con todos los alimentos de los que Simón apenas probó bocado. No quería comer, tenía un nudo en el estómago que le impedía pasar alimento alguno.

Sus hijos, en cambio, comían y bebían conversando sobre el relato de la salida de Egipto y su liberación de la esclavitud pero, inadvertidamente, entró el tema del día: las crucifixiones. No pudieron evitar hablar de ello. Fue demasiado importante como para pretender que nada hubiera pasado. La muerte de ese hombre, Jesús, hizo temblar la tierra y oscurecerse el cielo. Todo fue demasiado impactante como para permanecer en silencio.

A Simón le hubiera gustado evitar esta conversación, no se sentía preparado para expresarse y no quería hacerlo. Pero todos hablaban interrumpiéndose unos a otros. Ellos no habían sido testigos... sin embargo hacían conjeturas... como si supieran... como si fueran doctos en la materia... ellos no habían cargado el madero y no habían mirado los ojos de aquel reo. ¿Cómo podían entender?

En cambio Simón, que había estado al lado de aquel hombre, prefería guardar silencio. La cantidad de comentarios le molestaban tan profundamente que tuvo que contenerse para no explotar en un arranque de furia.

–¿Por qué la gente siempre tiene que hablar de lo que no sabe? ¿Con qué derecho aseguran tantas cosas? ¿Por qué interpretan mal los sucesos? Si al menos callaran, todo esto sería contado como acto de prudencia–, se dijo a sí mismo. [La gente tiene necesidad de hablar del otro cuando no está ocupada en sí misma, creando; es entonces cuando el otro abre la posibilidad de la proyección de lo no vivido por el sujeto que habla. En una clase de cuentos sobre la sombra, la doctora von Franz nos comentó que los chismes son una forma creativa, aunque no sana, en que el Self, de alguna forma, está pugnando por la creación; el sujeto chismoso, quien no puede crear por él mismo, proyecta su imaginación en el otro, aquél que representa su sombra. Esta creación está desvirtuada: nos ocupamos de los demás cuando no hay un tiempo, un espacio, para ocuparnos de



nosotros mismos. El chisme es una proyección de nuestra propia sombra.]

De todo discutían y cada cual daba una interpretación diferente. Incluso comentaron, entre los resoplidos de su padre, que Poncio Pilato, Procurador en Judea, había mandado a unos soldados a la tumba para velar su entrada e impedir que los discípulos de Jesús robaran el cadáver.

Simón callaba. Así era mejor.

Como todo el mundo lo vio cargando el madero era tonto ocultarlo a su mujer e hijos y, con voz muy baja, casi susurrando y agachando la cabeza, les dijo:

–Fui forzado a cargar la Cruz del Profeta–. Y no tuvo más palabras.

Sintió las miradas de sus familiares en medio de un gran silencio en la sala. Ellos esperaron que siguiera hablando; deseaban conocer su opinión, sentían curiosidad, pero él, bajando la vista, no volvió a decir palabra.

Séfora, prudentemente, le sirvió una nueva copa de vino. Alejandro y Rufo entendieron que era mejor callar y, aunque estaban sorprendidos ante su mutismo, conocían su carácter fuerte. Se vieron y, dirigiéndose a su madre, le elogiaron la cena.

–Pascua es un día de gran alegría y nadie puede entristecerse–, se dijeron a sí mismos.

Simón no estaba triste, sino que ante sus pensamientos encontrados prefirió buscar la soledad y la quietud que le brindaba la noche. Se fue a su recámara y agotado se acostó. Le dolía todo el cuerpo, pero su alma padecía más. Su intención era dormir y olvidar lo sucedido pero al cerrar los ojos las imágenes cobraban vida en su interior. Deseaba llorar y eso le hacía sentir vergüenza. La mente no lo dejaba en paz. Eran demasiadas las ideas y las impresiones. Prefirió acomodar su almohada y repasar lo sucedido.

Apagó la vela para lograr un ambiente más adecuado y así dar rienda suelta tanto a sus pensamientos como a sus sentimientos. Y en ese cuarto, en aquella noche oscura, sin testigos, dejó que sus lágrimas le inundaran el rostro.

–¡Cuántas revelaciones!

–Conocer finalmente a ese hombre, Jesús, que provenía de Nazaret... me impactaron sus ojos, su rostro ensangrentado, ser testigo de una injusta condena... Percibir esos olores de agonía y amor, mezclados con el polvo y la sangre de sus heridas, sudor y miedo... Escuchar los insultos llenos de ira y darme cuenta de lo cruel que los hombres podemos ser...

–¿Qué pasó?, me pregunto... ¿Cómo fue? Yo sólo seguía a la multitud por curiosidad, cuando de pronto esos soldados romanos me requirieron:

–A ver tú, ven acá.

–¿Yo? –, respondí incrédulamente.

–¡Sí, tú! –, y me jalieron con brusquedad.

–Al momento dejaron caer sobre mi hombro una viga grande y me obligaron a cargarla. Era de madera de pino mal cortada, sucia y se veía usada. Cuando soltaron el madero sobre mí hirió mi hombro y casi me hizo perder el equilibrio. No obstante, logré mantenerme de pie...



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

–Es curioso ver cómo en la vida nos caen cargas y problemas, que a veces no sabemos de dónde, ni por qué vienen–, reflexionó. –Temblaba y un sudor frío recorría mi rostro... Sentía miedo... miedo de ver el rostro del condenado... miedo a los soldados y a la multitud... Terror a la Cruz y a la muerte.

–Obedecí, eso es verdad, pero sin saber realmente a quién.

–No fue a la voz de los soldados... no... ¡era Su Voz!... Él abrió mis oídos a Su Voz... era una palabra dicha en silencio... término breve y, a su vez, tan largo... dulce y embriagador... que no sé ni cómo expresarlo, pero creaba distintos universos en mi interior. No podía compararse a ningún otro sonido que hubiera oído hasta entonces. Su Voz me trastornaba, me hacía salir de mí mismo y me dejaba sordo a los ruidos que me rodeaban. Sólo lo escuchaba a Él. Había en su expresión algo tan íntimo que me hacía enrojecer.

–Con voz apagada oí mi nombre con fuerza. Al escucharlo, enmudecí, me quedé quieto, en silencio y pensé por primera vez en todos los misterios que encierra mi nombre... Simón... que significa “escucha”... En él queda marcado mi presente y mi futuro, es mi esencia. Mi destino está en escuchar, ese será mi empleo, mi ocupación. Mi nombre da vida, pensé, da identidad, da conocimiento... Es con lo que cuento.

–¡Me llamó! Y qué afortunado me sentí al acatar su llamado. Me habló, para que fuera su seguidor. Mi voluntad no era tan importante, sino la enorme y prodigiosa fuerza de Su llamado.

–¿Quién eres?–, pregunté.

–Clamó mi nombre y yo respondí cargando la Cruz. Di un paso al frente y me coloqué bajo su sombra.

–Jesús llevaba puesta una capa indigna, de color púrpura, y en su cabeza soportaba una corona de espinas. Yo no me atrevía a verle el rostro... me costó acercarme... el temor me invadía... no era capaz de enfrentarme a Él, a su muerte.

–No entiendo. Este hombre estaba sentenciado a morir por blasfemar, por ser un falso profeta, por quebrantar el sábado. Se le reprochaba que con la ayuda de Belcebú expulsaba demonios y que atacaba la doctrina de las escuelas fariseas. Su popularidad lo había convertido en una amenaza social y en un peligro para el Imperio Romano, por lo que había que aniquilarlo pero, para mí, todo fue distinto en aquel momento... Su Voz me sedujo y yo me dejé seducir.⁴ Su llamado fue tan enérgico que fui vencido...

–Estaba tenso y lleno de confusión. Mi cuerpo no respondía y no podía comprender lo que estaba viviendo, cuando escuché ese grito autoritario de uno de los soldados que me obligó a despertar.

–¡Caminen!–, oí, y la escolta avanzó.

–Me acordé de aquella parte escrita en el libro del Éxodo, cuando Moisés pastoreaba las ovejas y se encontró de pronto con una zarza que ardía sin consumirse y, en medio de ella, el ángel

⁴ Jeremías 20,7



de Yahveh le habló.⁵

–Y esto ¡me sucede a mí!–, me dije. –Qué extraño, voy caminando y de pronto, soy elegido para cargar un madero. Y, he aquí, ¡que Dios me habla! Y lo hace por medio del sufrimiento, de una Cruz.

–Dios me está hablando, me está llamando–, me repetía a mí mismo, para confirmar algo que no entendía.

–Nunca me hubiera imaginado que yo fuera capaz de cargar un instrumento de tortura tan cruel, infame y humillante. Hacerlo frente a todos los que presenciaban. ¡Qué va! Es algo indigno y legalmente impuro para un judío como yo y, además, quedaría imposibilitado a comer la Pascua con los míos. Acompañar un reo a muerte es trabajo de esclavos. Jamás estuve de acuerdo con estos métodos de tortura. Y, sin embargo, lo acompañé y lo hice con alegría... [Cuando Simón, *el que escucha*, acepta su destino, su vocación, y ejerce su esencia, en lugar de olvidar el suceso entra en la introversión, en la reflexión del significado de este encuentro: sólo así entenderá cuál es el sentido de su vida. Cuando Dios nos habla y escuchamos su voz y lo obedecemos, es que nuestra vida cobra un sentido profundo y real del por qué y para qué estamos aquí. Al hablar de Dios me refiero al Self. Si se nos aparece, si oímos su voz, nuestra vida cambia, dejamos de ser lo que fuimos y quedamos al servicio de lo que es la pasión de vivir. Pero el Self no siempre se presenta en forma luminosa, muchas veces tenemos que atravesar nuestra sombra y la sombra de lo colectivo; en otras ocasiones, incluso, debemos conocer la sombra del Self mismo. Siento, pienso, que es ésta la forma en que logramos un sentido de la realidad más completo. Para poder integrar la experiencia tan fuerte que tuvo Simón fue necesaria su introversión, la revisión del suceso, y comprenderlo, no con los códigos intelectuales sino con los éticos y estéticos del alma. Al hablar de estética no me refiero tan sólo a la belleza sino, también, al horror y la fealdad, cuando estos últimos hacen posible que emerja la belleza sublime.]

III

Era ya pasada la medianoche cuando se dio cuenta de que un silencio sepulcral reinaba en su casa. La Cena de Pascua había terminado y todos dormían. Séfora, a su lado, con el pelo suelto cayendo sobre la almohada, descansaba.

–Todos reposan y yo sigo despierto–, se dijo de nuevo, y dando una vuelta en la cama trató de cerrar los ojos, pero el hombro derecho no se lo permitía. Todo el cuerpo le dolía y además estaba tan tenso que inconscientemente apretaba la mandíbula y los dientes le producían dolor.

–Bueno–, suspiró, volteándose otra vez. –No puedo dormir. En realidad, no quiero hacerlo. Imposible ponerle un alto a las imágenes y dejar de pensar. Las ideas son demasiado vívidas. Lo que quiero es repasar una y otra vez lo sucedido. Me pondré lo más cómodo posible y me enfrentaré a una larga noche–. Mientras, oía en su interior:

–¡Yo fui el escogido! De entre la multitud, yo fui el elegido–, y sintió que en ese momento, por haber sido el señalado, Dios le otorgaba su Bendición.

⁵ Éxodo 3



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

De pronto una idea cruzó por su mente, provocándole una opresión en el pecho... –¿Y si fui un cobarde? ¿Cobarde por no impedir la crucifixión? ¿Por no enfrentarme a los que lo golpeaban? Quizá lo hubiera ayudado a huir... o cuando menos no esconderme tras Él... o tal vez lo hubiera podido eliminar, aunque fuera un poco, su dolor, cargando el madero con más fuerza y sin protestar... Pero no, eso no estaba en mi poder. No dependía de mí.

–No, por supuesto que no se puede quitar la cruz a nadie–, reflexionó con tristeza y, a la vez, con profunda impotencia. Pude ayudar a cargarla, pero no la pude eliminar.

Cada uno lleva sus penas a cuestas... la cruz pone al descubierto los más ocultos secretos e íntimos deseos de un ser humano. El dolor desnuda y desarma. Es un suplicio cargado de sentidos contradictorios, que aloja tanto a la vida como a la muerte... ¡Y Él llevaba la suya! [Todas estas reflexiones acerca de lo que pudimos haber, y no haber, hecho pasan frente a nosotros. Pero si no nos quedamos detenidos en el *hubiera*, sino que entramos realmente en la experiencia de lo que sí vivimos, entonces podremos descubrir más de su significado, de lo específico de tal acción. Además, así como Simón, podremos darnos cuenta de una gran verdad: ¡nadie nos puede quitar la cruz, ni nosotros lo podemos hacer por nadie! Sólo se nos puede ayudar o acompañar con el paquete de vida que tenemos. Esto es lo que la autora descubre a través de su personaje.]

–Es triste ver a un hombre carecer de vida, sin sueños, ni ilusión, sufriendo el eterno tormento del morir... Qué aflicción ver que Jesús se desvanecía en sus sombras y poder hacer tan poco por él. ¡Oh, Dios, qué pequeño y qué inútil soy!

–¿Le habré, entonces, ayudado?

Como sintió un intenso dolor en el hombro, de inmediato se contestó: –Claro que sí lo ayudé. Todavía puedo, en este instante, sentir el peso del madero sobre mi cuerpo.– Y, llenándose de un gozo inexplicable, unió su dolor al de Jesús. –Sí, Señor. Los dos cargamos la misma viga de madera sobre el hombro derecho y de esta forma quedamos unidos. [Todas estas preguntas que se hace Simón son las mismas que se hace la autora en su profesión de tanatóloga, y que muchos de nosotros nos hacemos al regresar a casa y recordar las historias de nuestros pacientes o de aquellos que nos pidieron que cargáramos, que les ayudáramos a cargar, momentáneamente, su madero. Lo que nos vincula realmente al acompañar al otro en su dolor, aunque estemos tan sólo aligerando un poco su carga, es que al entender el significado de la cruz de éste encontramos también el significado de la nuestra. La autora lo describe mejor en el siguiente párrafo. Es interesante que sólo cuando podemos ayudar a cargar la cruz del otro es cuando podemos contemplar el mundo desde la misma perspectiva de él y la del Self, es decir, la perspectiva de Jesús, la mía, y la del madero que nos vincula.]

–El dolor de Jesús y el mío se habían hecho uno solo. Para esto no hay explicación, ni hay nada que aclarar: se vive y ya. No se puede creer, a menos que sea Él quien lo muestre, lo revele. Mi pensamiento jamás podría llegar por sí mismo a producir tal verdad.

–Entendí que el dolor y el amor están indisolublemente unidos. Cuánto más intenso es nuestro amor, más intenso será nuestro dolor. Esto me ha llevado a la conclusión de que el dolor es una medida infalible que sirve para conocer no sólo la profundidad de nuestro amor, sino también la de nuestro desamor... [Para la autora el dolor es una medida del amor, o del amar, de lo que se



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

siente cuando se ama; pero no se refiere a un amor masoquista sino a un dolor que nos habla de qué tan importante es para nosotros el sujeto que esta pasando por esta experiencia, y nos duele que le este pasando. Es ese conocimiento en el camino del alma en donde los dolores ya no son elementos materiales o tangibles sino espirituales. Ya es un dolor que tiene relación con el significado de la esencia del Self.]

Pero aún hay más. Algo místico. Sentí que las llagas del Profeta curaban las mías. Era la herida curada por la herida. ¡Qué misterio!... Sus heridas sanaban las mías. Me dolía el estado en que Jesús se encontraba y a Él, yo le dolía... [Una herida sólo puede ser curada por alguien que ha sido herido y que ha curado su propia herida... sólo así puede uno curar al otro, pues nadie puede entender la herida del otro sin haber entendido primero su propia herida. Una de las experiencias más reveladoras cuando acompañamos al otro en su dolor, espejando al mismo tiempo la herida tanto él como nosotros, es que de pronto encontramos solución, o un camino posible, para el dolor propio como el del otro. Cuando unimos nuestros dolores pareciera que llevamos la misma cruz, pero cada uno carga la que le corresponde; así, en esa vinculación, llamada *empatía*, es como realmente podemos acompañar al otro. Es cuando nosotros podemos sentir el dolor del otro y entenderlo, o es cuando nosotros sentimos que el otro entiende nuestro dolor.]

Estoy enfermo y Él lo sabía. Descubrió lo que guardaba más allá de mis máscaras, de mis defensas, de mis temores. No sé cómo lo supo, pero hay esta parte en mí que no creí que sanaría. Mi corazón está profundamente afectado por lo que he tenido que vivir y no he podido olvidar. He combatido con fuerza para que esto no me dañe, mas tengo que reconocer que el daño está hecho.

Lo maravilloso es que Él me mostraba que podía ser amado a pesar de mi debilidad. Me amaba con amor y ternura nunca antes sentida, sin pedir nada a cambio, sin condenar, llenándome de misericordia. Yo me transparentaba ante Él. Todas esas capas de prejuicios, de defensas que enmascaran lo que soy, sólo servían para expresarme, más que para ocultarme. [En el trabajo analítico junguiano lo primero que tenemos que trabajar son nuestras defensas, nuestras máscaras, para poder así conocer nuestra sombra; sin desenmascarnos y sin tener confianza en el otro no podemos trabajar en nuestra desnudez y comprender la vergüenza y/o la culpa que nos agobia. Es tan sólo cuando nos podemos mostrar desnudos ante el otro, y ver que éste nos ve con misericordia y compasión, o amor ante nuestra desnudez, que podemos empezar a aceptarnos.]

Así fue como, después de un toque de compasión, todo quedó resuelto y curado en mi interior. Mi dolor dejó de ser oscuro, sin sentido y estéril, para transformarse en una realidad llena de significado y de luz. Y continué caminando con la rara convicción de estar siguiendo los pasos de un Ser singular, digamos único.

Mi cuerpo se estremeció de horror cuando, a la vuelta de una esquina, nos comenzaron a golpear. Era como si la multitud nos estuviera esperando para descargar su furia. Eran todos contra uno. Lo maltrataban, lo herían, lo humillaban, por lo que los guardias tuvieron que intervenir e imponer el orden. Era una jauría sanguinaria. Yo también era golpeado y toda esa injuria hería profundamente, daba pavor, era injusta. Yo no hubiera podido mantenerme en pie si no fuera porque Él me sostenía. No sé cómo, pero lo soportaba; no era yo ni era mi voluntad, era Él.

Me insultaban y castigaban por ayudarlo a llevar su Cruz. –No lo merece–, me gritaban,



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

mientras me escupían al rostro, –por traidor. [En esta parte del relato la autora nos habla de lo que significa el haber aceptado nuestra vocación y amarla, a pesar de que no sea comprendida. Aceptar el camino del Self no es fácil, conlleva muchos malos entendidos, rechazos, juicios, sufrimientos y muchas veces nos aleja de lo que para el colectivo es aceptable.]

–¿No sabes acaso, que ha blasfemado contra Dios y se hace llamar rey de los judíos?...

Yo entendía bien. Me sentía acorralado, prisionero, lleno de angustia y temblaba. Me cubría el rostro de la burla y el insulto, y pretendía no escuchar.

–Está endemoniado–, seguían vociferando, –aléjate de Él, te puede poseer...

Llegué a pensar, ¿quién soy yo para decidir quién es digno o indigno de recibir ayuda?... Ése no es mi papel. Mi misión no es ser juez de nadie, mi comisión es llevar la Cruz. ¿Es esto tan difícil de entender?

Otros, en cambio, afirmaban que yo había recibido una suma considerable en monedas.

–Claro, tu actuar, tu conducta es por dinero...–, aseguraban. –Eres deshonesto, convenenciero y ladrón.

Y en cuestión de minutos me deshonraron.

–¿Acaso se devuelve mal por bien?–, me pregunté desconsolado.

Todos me maldicen y me encuentro rodeado de enemistades, en medio de un escándalo. Ellos eran más fuertes que yo. Me han vuelto hombre de pleito. ¿Seré crucificado igual que Él?

¿Y yo? ¿Por qué? Me siento tan solo. Inventan cualquier cosa y mienten.

¿Por qué el hecho de ayudarlo les enoja tanto? [Cuando ayudamos al otro a cargar su cruz, o alguien nos ayuda con la nuestra, podemos ser juzgados equivocadamente acerca del sentido con el que ésta se lleva. Por tanto, siempre debemos recordar cuál es nuestro camino, es decir, la vocación que elegimos, para que esto nos permita atravesar los *no*, las agresiones, los malos entendidos; es sólo a través de las reflexiones que podemos descubrir la voz del Self.]

Reconozco que en ese momento tuve la tentación de tirar el madero y salir corriendo, pero Jesús, dándome un respiro y despejando mi camino, me dio fuerza y logró que no flaqueara. Le dio firmeza a mis pasos y me dijo:

– Perdónalos, Simón, pues no saben lo que están haciendo. Creen que actúan bien, que lo hacen por la justicia y la verdad, para salvar a su comunidad. Están ciegos, no comprenden. Me odian sin causa. No tengas miedo al dolor, ni respondas con violencia, al contrario, acéptalo y únelo al mío. Así te librarás de él. Si tratas de evadirlo, no podrás conquistarlo ni darle un sentido, sumérgelo en ti y lo vencerás.

Y así lo hice. Sentí tal seguridad al imitar al Profeta que una fuerza extraña brotó en mi debilidad.

Fue entonces que le pedí algo insólito y dije:

–Oye, quiero contemplar el mundo desde Tu perspectiva. Quisiera sentir como sientes, pensar lo que piensas, amar como amas. [Aquí lo interesante es que tenemos que abandonar



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

nuestras formas de percepción y conducción yoicas, para poder percibir y contemplar al mundo desde la perspectiva del Self.]

Realmente yo no estaba consciente de lo que pedía en ese momento pero, simplemente, tenía deseos de comulgar con Él.

Seguí subiendo por la calle empedrada cuando noté que caminaba de forma distinta. Me sentía libre y ligero. Las burlas y las calumnias dejaron de importarme. Ya no trataba de agradar a los hombres. Durante varios años había cuidado y cargado una honra social y ahora caminaba feliz y liviano, con mi honra divina. [Hay diferencia entre la honra yoica, que nos hace importantes ante el mundo exterior, social, la colectividad, y la otra honra, la divina, la espiritual, la del Self, la del mundo entregado al significado de la esencia de nosotros. Se pudiera decir que la primera se refiere a toda la primera parte de nuestra vida, extravertida y tangible, y la segunda es el otro círculo, que es el mundo espiritual, intangible, el mundo del significado.]

Jesús es mi fortaleza y mi escudo, y mi corazón confía en Él.

La muchedumbre no se percataba de mis vivencias. Me veían pasar, con los músculos de las piernas tensos y con los brazos firmes sosteniendo el tablón. Veían el sudor recorrer mi pecho y el agotamiento físico reflejado en el calor de mi rostro. Esto quizá los llevaría a deducir que yo estaba realizando una gran labor. Tal vez pensarían que lo socorría, que le quitaba un peso de encima, pero esto no es totalmente cierto. Es verdad que cargaba el madero pero no sé si lo auxilié, si lo llegué a consolar. No sé si alivié un poco esa pena tan inmensa que Él padecía... No me acuerdo haberle dicho que lo quería.

Lo que sí sé, con seguridad, es lo mucho que Él me consoló y me ayudó durante el trayecto. Me encontraba recibiendo cuando mi comisión era dar. Él me sostenía como hace un padre con su hijo, y con su mirada enjugaba mi temor, mi pena y mis recuerdos sombríos. Me parecía escucharlo susurrar mi nombre y, encima de todo, me daba las gracias.

Me bastaba con eso. [Aquí la autora, en estos últimos diálogos, nos confirma lo que sucede con el sujeto que ha aceptado y ama su vocación, aunque no sea comprendido. Como dije con antelación: aceptar el camino del Self no es fácil, conlleva muchos malos entendidos, rechazos, juicios, que nos alejan de lo colectivo y, por lo mismo, muchas veces no somos aceptados. Lo interesante es que nos sentimos reconfortados por ese elemento interior divino, por el Self, que nos alienta y apoya a seguir. ¡Pero aquí pongo una alerta! Antes de poder seguir la voz del Self tenemos que estar seguros desde dónde, desde cuál aspecto del Self, se nos está pidiendo llevar a cabo tal conducta o acción: el Self luminoso o el Self oscuro; en términos cristianos, de Dios o del Demonio.]

IV

Simón dio otra vuelta en la cama y reacomodó la almohada para evocar nuevamente lo sucedido.

Recordó la leyenda sobre el pájaro que vive en tierras lejanas, que canta dulcemente sólo una vez en su vida. Al final de su existencia busca un árbol espinoso, y no descansa hasta



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

encontrarlo. Se clava a sí mismo en la espina más larga y afilada. Al morir, envuelve su agonía en un canto aún más bello que el de la alondra y el del ruiseñor. Es un canto superlativo, al precio de la existencia. El mundo enmudece para escucharlo y Dios sonrío en el cielo... [Aquí la autora nos habla de su experiencia como tanatóloga, ilustrada en la metáfora del pájaro y su canto, que es la ejemplificación del momento de la muerte: ir hacia ésta con nuestro último canto, con esa plenitud de la expresión intensa y completa de lo que somos. Es una bella metáfora de la liberación de todos los atavismos, miedos, ideas, formas, que nos detienen de ser.]

–Y yo, Simón, fui elegido para escuchar el último canto del Nazareno. Tuve que hacer un gran esfuerzo para tener un oído fino. El ruido del camino y los gritos de la gente eran agobiantes: me sentía aturdido al pasar. Las personas se empujaban, atropellándose a sí mismas. Otras insultaban. Los niños también aprovechaban la confusión para tirar piedras. Unas mujeres lloraban y se lamentaban. La gente corría por todos lados e incluso los perros ladraban excitados ante tanto alboroto. ¡Qué difícil fue para mí guardar silencio en estas circunstancias! Frente al grito, ignorar la afrenta y responder con sordera. Mi propia mente estaba llena del escándalo. Pero encontré un silencio interior para salir del mundanal ruido y escuchar, así, Su Voz.

Jesús quedó clavado como el pájaro en un madero pero, a diferencia del ave, lo hacía por amor. Sufrió indeciblemente, pero confiaba. Toleró su destino con paciencia y, al final, envolvió su agonía en un canto celestial. Si dicen que un pájaro es capaz de tanta armonía, nadie se imagina lo que escuché esa tarde. Era el himno al amor sublime jamás oído, era un clamor divino, incienso puro, que los ángeles recogían para llevarlo a la presencia de Dios.

–El canto que brota al final de la vida–, se dice Simón emocionado, –...es bellissimo, extraordinario. Es donde el hombre y Dios se encuentran. Es donde presenciamos una humanidad desnuda, con la verdad envolviéndola. Lo más excelso se escucha al final de la existencia, y yo fui elegido para presenciarlo y para dar testimonio.

–Jesús susurraba camino al calvario pero nadie le prestaba atención.

–¡Déjame escucharte!–, le dije. –¡Háblame... dime... te lo ruego, no te refugies en el silencio... te suplico, no calles, mira que tu Voz es mi sostén...!

Y no sólo le presté atención a Él, sino que escuché a la gente que me rodeaba. Los oídos se me abrieron y con ello descubrí un mundo totalmente nuevo e inesperado. Tal parecía que tuvieran ojos y, me volvía capaz de ver en lo más profundo de los seres humanos. Por cada palabra pronunciada yo veía lo que había en el corazón de la gente que estaba en la calle, incluso sus silencios me hablaban. Todo era un concierto de voces. En realidad, nada se escapa a quien sabe oír, y yo estaba aprendiendo.

Cuando escuché –¡Crucifiquenlo!– y me enfrenté al escándalo y a la hostilidad, supe con horror que yo no era diferente a ellos. Yo también soy violento. Internamente violento. También segregó en cantidades crecientes envidia, celos, resentimiento, odio, todas las toxinas nocivas. No soy mejor que los demás.

Es el grito desesperado de la humanidad entera pidiendo ayuda y clamando compasión. No hay paz. Tenemos al Amor enfrente pero no lo reconocemos porque desconocemos el arte de amar. [Esta descripción de la autora nos está hablando de que no sólo es importante ver, sino



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

también escuchar. Escuchar es entender el sentido de la palabra y es la expresión del pensamiento, incluye el sonido de la imagen de la palabra. Simón, como cualquiera que escucha al otro, comprende la experiencia de que, si se sabe escuchar, se entiende la profundidad del sufrimiento o gozo del otro. Sobre el amor, nos lo refiere la autora, es que muchas veces tenemos el amor frente a nosotros pero, por nuestra ceguera, producida por las expectativas yoicas, no lo podemos ver y, lo peor, es que tampoco lo sabemos escuchar. Porque los sonidos del amor se deben escuchar con el oído del amor y no con el de la expectativa o el de los deseos. Si no lo podemos ver o escuchar, no lo podemos reconocer en nosotros ni en el otro. Muchas veces el amor se ve perturbado o nublado por los valores colectivos, que nos impiden explorar la verdad de la esencia del ser amoroso: ponemos los valores en el exterior, vaciando nuestra arca interior, que recibe el amor divino en un vacío de la colectividad.]

Al escuchar me identifiqué con la masa y dejé de temer. Resulta doloroso admitirlo, por creerme diferente. Yo me creía virtuosamente ajeno a toda violencia. Pero ahora he descubierto que soy igual que todos, aunque camine en silencio, del lado de la procesión, disfrazado de bondad. [En estos párrafos se describe la experiencia de pensarnos diferentes a los demás, cuando en esencia no lo somos. El sentirnos diferentes ante la masa nos puede producir sentimientos de miedo o de poder sobre los demás, pero tanto uno como el otro, en realidad, nos alejan de lo que es nuestra propia naturaleza. Por eso es importante el don de la gracia, que es la fuerza que nos impregna de gozo y bienestar; es aquí cuando desaparecen los miedos, es cuando nos queda claro el camino que debemos seguir.]

–El oído me ha hecho ver más verdades de las que mis hermanos me han podido enseñar–, reconocí.

He aquí la conversión: al comprender mi verdadera naturaleza, la acepté y al aceptarla, amé. Sin saber cómo, me hallé amando a la gente que gritaba. Ya no eran extraños para mí, ni sus actitudes eran incomprensibles. Dejé de sentir temor, aun rodeado de violencia. Ya no eran mis enemigos sino ahora mis hermanos. Eran mis iguales, que clamaban su pena como yo. Estaban desesperados, ciegos, sordos, como yo lo estuve antes de tenerte. Te necesitaban como yo en aquel momento. Fue entonces que te pedí con toda el alma:

–Ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad.

No tengo duda, el oído es la joya que embellece este mundo. Sordos estaban los verdugos, sordos los gobernantes y los sacerdotes... ¡Cuántas injusticias se cometen por ignorancia!

¡Qué tristeza! Aquí en este mundo no hay eco para el clamor del corazón. ¡Qué cárcel más fría es ésta: la cárcel de la sordera! ¡Cuánto aislamiento! ¡Cuánta soledad! ¡Cuánta incomprensión!

Jesús hablaba, pero la voz del mundo sofocaba la Voz de Dios.

Llegué a pensar cuánta razón tiene la oración del *Shemá*, que nuestros sabios instituyeron como una obligación de primer orden. Es larga, larguísima, contiene doscientas cuarenta y cinco palabras y, en este instante, únicamente me quedo con las dos primeras:

Shemá Yisrael... Escucha, Israel... escucha, escucha... Ahí está el secreto. El que escucha entiende. Y yo me llamo Simón: el que escucha.



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

–Quizá sólo Dios sabe escuchar–, me dije a mí mismo. –Seguramente por eso su pensamiento no es nuestro pensamiento y sus caminos no son los nuestros.

Pensaba en tantas cosas que no me había dado cuenta de la forma tan encorvada en la que caminaba. Mi espalda protestó enérgicamente, obligándome a hacer un alto en el camino. Me detuve para reacomodar el madero y, levantando la cara, le vi el rostro. Nuestras miradas se cruzaron... por primera vez... no era fácil mantener la mirada... Eran unos ojos penetrantes que transparentaban sentimientos profundos. Sabía que Él moriría pero en su expresión no había odio ni amargura. No había ira por los que lo golpeaban, al contrario, todos estos gritos no lograban destruir su paz.

–¡Ahhh! Me gustó tanto cuando volteaste a verme... “Llenaste en cuestión de segundos mi ser de gracia y hermosura. Mírame otra vez después de haberme mirado”–,⁶ le supliqué.

Vi en esos ojos lo que hay de divino en el hombre y lo que hay de humano en Dios. Ellos me revelaban su profunda humanidad para que yo, como hombre, emergiera en divinidad. Su naturaleza absorbió mi naturaleza formando una intensa e íntima unidad. En su mirada quedó escrita mi misión. Ya nada nos podrá separar jamás.

Simón tuvo deseos de despertar a su esposa y contarle esto último, pero se contuvo.

–¿Por qué se me escogió para tal misión? ¡Bah! ¡No lo sé!... Siempre he temido no ser lo suficientemente fuerte para superar una prueba difícil, tengo que reconocerlo. Acompañar a una persona que va a morir no es tarea fácil. Cuando estoy frente al dolor ajeno se me rompe el corazón y el llanto lo llevo a flor de piel. Incluso, para ser sincero, le tengo horror a la muerte y a la agonía, no soporto ver sangre ni presenciar una crucifixión...

–Nunca imaginé ser la persona indicada para este trabajo. No creo tener las cualidades necesarias. Hay otros seres más fuertes y más misericordiosos que yo...–, pensé. –Me siento totalmente incompetente.

Pensaba todas estas cosas cuando pasó algo extraordinario. Mientras yo reconocía mi debilidad y mis miserias, algo que no era yo entró en mí, llenándome de paz y fortaleza. Sucedió algo de lo que tengo sólo una vaga noción. Todavía no me lo explico, lo único que sé es que lo sentí y que ya no hay nada tan difícil que no se pueda hacer con Su ayuda. Comprendí que, con Su Espíritu, no hay nada en la vida que produzca necesariamente pavor. Fue entonces que mi miedo desapareció, abandonándome con toda confianza en Él. Escuché claramente Su Voz que decía:

–Simón, que mi Gracia te baste.

Y, sí, es verdad. Se me requirió para realizar un trabajo difícil pero al mismo tiempo se me dio la fuerza necesaria para hacerlo.

–Mi Gracia, es tu abundancia...–, palabras llenas de significado que escuché. Obrar por la Gracia... no confiado en mi fuerza, sino a pesar de mi debilidad. Gracia: don sobrenatural que ilumina el entendimiento y toca el corazón. Con ella se puede recorrer la vía dolorosa hasta el final.

⁶ San Agustín



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

Ahora sólo me queda decir que entiendo la misión por la que este Hombre vino al mundo: buscar y salvar lo que estaba perdido. Y yo me considero la última oveja perdida de la casa de Israel. Digo la última, porque así es, llegué al final de su vida. No lo conocía ni conviví con Él. No presencié sus milagros ni recibí su doctrina.

Sólo sé que yo estaba perdido y Él llenó de luz mi camino. Dicen que curó a un ciego, pero a mí también me devolvió la vista; además abrió mis oídos y mi mente, dándole un sentido a mi existencia.

Parecía culpable, pero era inocente. El culpable era yo y, cobardemente, me escondía tras Él. Yo era el verdadero condenado a muerte.

Yo no cargaba su Cruz... Inexplicablemente, era Él quien cargaba la mía.

Supe que realizó prodigios a gente que lo necesitaba y, sin embargo, el último de sus milagros lo hizo para mí.

—Yo, Simón, soy su último milagro.

Quizás lo lógico es que hubieran escogido a uno de sus discípulos para que llevara la Cruz. A uno de sus amigos con los que hablaba en privado y les explicaba las cosas. Pero no fue así, me escogió a mí, al extranjero que venía de Cirene y que no tenía nada que ver con lo que estaba viviendo... Y eso fue porque las puertas de su corazón no se podían cerrar sin llevar a cabo su última conversión: la mía.

Yo fui el último y pretendía, con toda osadía, hacerme digno de ser recordado por Él. Ambicioné ser un pensamiento de Su mente, quise llamar Su atención por lo que cargué la Cruz en reflexión honda. [Es interesante ver aquí que la autora describe como si fuera el último milagro de Jesús. Pero para el Self no hay último ni primero, sólo *hay*: hay la transformación de cada uno de nosotros, ya que somos lo limitado, lo finito, y él es infinito e ilimitado.]

No aspiraba a conocerlo, sino a ser conocido por Él. Eso era lo que yo deseaba, yo quería que mi existencia fuera digna de ser conocida y recordada por Él. Deseaba ser digno de ingresar en Su misericordia y de ser un motivo de Su preocupación. Procuraba conmovirlo, afectarlo íntimamente. Quería convertirme en un pensamiento suyo. Requería quedar grabado en su corazón. [Se nos habla de querer ser conocido, recordado, por el Self, pero no de aspirar uno a conocerlo... hay todavía un deseo yoico, una preocupación yoica, de que el Self nos recuerde y nos ame, sin pensar en la correspondencia de lo trascendental, de lo finito y lo infinito, de lo material y lo inmaterial. La consciencia debe ser en ambos sentidos: si somos afectados, afectamos al otro.]

—Sí, Señor, temía que me olvidaras. Hubiese sido miserable si me rechazaras, si me abandonaras, si ya no me recordaras. No quería que murieras sin llevarme en tu pensamiento y en tu corazón.

—Y así fue como comenzó a nacer en mí una devoción profunda por ese Profeta, que pronto moriría. Me encontré amándolo. Era un sendero de amistad, en el que compartíamos el sufrimiento. Creador y creatura, unidos por una Cruz.

Conforme caminaba, supe que todo era cuestión de ir eliminando pensamientos y



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

preocupaciones, más que de añadirlos. La inmediatez de la muerte es emprender un camino de sencillez, no es para complicarlo con teorías. Es ir desnudándose más y más para caminar ligero.

–Mírame una vez más–, le rogué en secreto, mientras lo veneraba. –Te amo –, le dije, –Te necesito.

–Sí, reconozco que al principio protesté cuando me obligaron a llevar la Cruz. Es verdad. De todo me quejaba y me costó mucho trabajo aceptarla, pero una vez que pude abrazarla, ¡qué dichoso me sentí!

Y las lágrimas empezaron a formar un sendero húmedo en el rostro de Simón. Sentía un dolor que le quemaba el pecho. Lloraba, sí, y lo hacía por amor.

¡Qué locura! Simón caminaba inmensamente feliz, llorando y acariciando un madero. Nadie podía entender esto, él mismo no se lo explicaba ¿Cómo justificar tal actitud? Las personas que presenciaban las crucifixiones sólo veían que las lágrimas inundaban su rostro. Pero Jesús, a quién él amaba, recogía su llanto y lo guardaba en el corazón.

–¡Quién lo hubiera imaginado! Yo, Simón, a mi edad, llorando por amor. **[Aquí podemos ver, descubrir, la experiencia del amor, del amor entre lo humano y lo divino. Es un amor que nos redime y que nos ayuda a procesar o entender esa parte y esos límites de lo humano en nosotros.]**

V

Y así, entre sudor y lágrimas, llegamos a un lugar llamado el Gólgota. Era un pequeño montículo de unos tres metros de altura, que lindaba con la parte exterior de la muralla occidental. Era el final del sendero, donde tres hombres serían crucificados.

El calvario estaba por terminar. En ese tramo Jesús calló. Todo estaba dicho ya. El silencio era luctuoso, absoluto. Entonces, su más profundo pensamiento lo expresó en un suspiro. El vocabulario de su corazón se redujo a un solo sonido... ¡Hmmm! ¿Cómo puedo expresar y abarcar todo lo que este suspiro me reveló? No puedo decir más, las palabras me sobran e incluso me parece un error pronunciarlas. Escuché aquel suspiro que, sin decir nada, lo dijo todo... Ante esto, callé e incliné la cabeza con reverencia.

Los soldados dieron la orden de que bajara la Cruz... La tendí en la tierra y me hicieron señas de que me apartara, dándome a entender que mi labor había terminado... Así lo hice.

–Me voy, me dije, antes de presenciar cómo le clavan las manos y los pies. Me marché, pues no soportaría ver cómo sus dedos se crispan de dolor y cómo la asfixia le va provocando lentamente la muerte... No puedo estar presente... No lo soporto.

–Descendí velozmente por aquella vereda, abandonándote. Corrí como corren los que se encuentran frente al sufrimiento. Huí del lugar cobardemente. No quería ver nada ni escuchar tu dolor y te dejé solo, en manos de los soldados verdugos. Me cubrí los ojos, cerré los oídos y me marché. Sentía angustia y terror... y no los podía vencer. Deseaba alejarme, perderme, esconderme. Durante mi vida no he hecho más que eso, renunciar y correr y hoy volví a hacerlo. Mis pies corrieron como nunca, fui desbocándome por las calles empedradas y tortuosas, por callejones y



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

pasadizos, empujando a la gente que iba a presenciar las crucifixiones. Corrí sin parar, sin respiro, sin pensar en otra cosa más que en seguir corriendo.

Estaba lejos del lugar cuando me tranquilicé un poco y, sofocado, sintiendo mi corazón latir fuertemente, noté que algo me faltaba. Bajé el ritmo de mi carrera y, sí, había dejado algo en el camino, algo muy importante. Una enorme tristeza se apoderó de mí... Una honda soledad, nunca antes percibida. Me detuve un momento y, dejándome caer a la sombra de un árbol, respiré profundamente... y pensé:

–La Cruz... ¡Me falta la Cruz!... ¿Dónde está la Cruz?... Me la han quitado... Me obligaron a abandonar el más grande tesoro... Y yo, sin pensarlo, la dejé.

Recordé lo feliz que había sido abrazándola y el consuelo que Ella me brindaba. Era un leño que engendraba vida y daba luz, era suave y dulce... Era galardón de mi existencia. Quería vivir abrazado a Ella. ¿Por qué me la quitaron? ¿Por qué me apartaron de Ella? Debí haberme clavado al madero y jamás debí soltarlo... Me hubiera gustado regresar y suplicar que no lo alejaran de mí.

¡Me falta la Cruz!– grité, sin que nadie escuchara mi lamento.

–¡Quiero vivir cargando la Cruz, Señor!.. Volví a gritar... Perdóname... ¿Cómo le daré sentido a mi vida? Siento miedo al saberme tan solo y miserable. Al saber que Tú te vas. No. ¡No me dejes! ¡Quédate conmigo! ¡O, llévame contigo, Señor!

Arrebatada la Cruz voy a ser como un leproso al que no le sanan sus heridas, voy a ir por el mundo supurando pecados y suciedad. ¿Y yo? Acabaré maldiciendo la mañana, por haber despertado en esta vida...

–¡No te vayas, Jesús, quédate conmigo!

–No, por favor, no me quiten la Cruz. ¡Devuélvanmela! Quiero seguir cargándola, es mi encargo y salvación. En Ella encontré el verdadero amor, en Ella, la verdad única.

–¡Qué vacío me siento, mi buen Dios!

Caí de rodillas hecho un mar de llanto y con el corazón destrozado. Sentía una profunda aflicción, por lo que doblé la cabeza como un junco y, en señal de duelo, con fuerza desgarré la túnica que llevaba puesta, del lado izquierdo, ya que ése es el lugar más cercano al corazón. Hice una rasgadura grande para mostrarla durante siete días. Si hubiera muerto alguien no tan cercano la rasgadura la hubiera hecho del lado derecho pero tú, Jesús, fuiste para mí como un padre. Cubrí mi cabeza de polvo y ceniza y así, manchado de tierra y con los ojos turbios de dolor me quedé, rostro en tierra, con los brazos en cruz, implorando perdón.

–¡Shhhh!.... Que callen todos, no metan ruido. ¿Qué no ven que Jesús, mi Señor y mi Dios, está en la Cruz? Que callen los hombres, las criaturas todas... que callen la naturaleza y el canto de los pájaros... Callemos todos, para que, en silencio, oigamos los susurros del amor, del amor bueno, del amor paciente, del amor inmenso e infinito que Jesús nos da con sus brazos abiertos, allá en lo alto, allá en su Cruz. **[La autora, en el cuarto apartado, nos habló del descubrimiento del amor y del ser amado. En este quinto apartado empiezan a ganar los aspectos comunes humanos**



Editorial Fata Morgana, S.A. de C.V.

Virgilio 7 Depto. 12 Col. Polanco
México D.F. C.P 11560
Tel. 5280 08 29 Fax 5280 81 37
www.fatamorgana.com.mx
editorial@fatamorgana.com.mx

del miedo a la entrega del amor, y es cuando abandonamos ese encuentro con el Self, con su verdad y capacidad de transformación, y huimos. Ya estando fuera nos damos cuenta de que hemos perdido esa experiencia, ese significado, y que tenemos que volver a retomarlo. Uno de los aspectos que los humanos no toleramos es estar crucificados en los opuestos y, cuando no podemos hacer o evocar la función transcendental, muchas veces huimos. En el caminar por el sendero de la individuación tenemos retrocesos, provocados por miedos, confusiones y dudas, y estos conforman momentos de prueba, ya sea para poder seguir nuestro camino o para darnos por vencidos y huir cobardemente. Si hacemos esto último, la experiencia de la imposibilidad de la realización del entendimiento o comprensión de lo divino nos perseguirá por siempre. Esta etapa es un caminar muy doloroso, donde es necesario el reencuentro con lo divino, pero ya no en forma entusiasta, de arrobamiento, sino reflexiva y con todo el compromiso de nuestra humanidad. Implica comprender las consecuencias del descubrimiento de Dios y yo como entidades diferentes, aunque unidas por el sufrimiento y el amor.]

*Fin de la Parte # 2
(Continuará el próximo mes)*